

Memoria de un origen

Noé Jitrik

El preciso trabajo de José Luis Martínez sobre Hernán Cortés,¹ publicado en 1990 por el diligente Fondo de Cultura Económica, reservorio de la más variada y fundamental información sobre pasados remotos y presentes procelosos de la cultura latinoamericana, no parece, en una primera aproximación, tener como objetivo añadir argumentos a una u otra de las posiciones clásicas que existen respecto del extremeño: o brutal y rapaz conquistador o héroe genial que hizo nacer un país. Desde luego, las considera y examina pero, en la medida en que quiere poner y pone sobre la mesa nuevos elementos, hace surgir con claridad otras posibilidades, otras imágenes. Vale la pena, casi veinticinco años después, volver sobre este texto, obra de un tenaz y erudito investigador, a quien homenajear recordando un trabajo señero es solo un acto de justicia.

Así, despersonalizándolo un poco –el libro de Martínez da para ello–, se puede pensar en un Cortés víctima de su destino, manejado por fuerzas que no podía controlar; en su contra, sin embargo, se diría que estaba bastante de acuerdo con lo que su destino, o la historia, o la modalidad de la desesperación española querían que hiciera: no es un Prometeo en la roca. En suma, puede concluirse que sería más bien un agente que pone en aquello que hace una energía tan ferozmente inteligente que, pese a todo lo que le pasó, no resulta un personaje trágico, sino tan solo el ejecutor o el desencadenante de una tragedia histórica y cultural sin precedentes. En suma, que su modo de operar no sería tanto revelación de una personalidad como expresión de un deseo histórico propio de una época: si los españoles fueron capaces de hacer lo que hicieron con árabes y judíos, qué límites iban a imponerse en tierras extrañas, lejos de la mirada de Dios.

Por supuesto –y esta posición equitativa también se desprende del libro–, fue una hazaña conquistar Tenochtitlan con un puñado de hombres; surge, no obstante, la idea de que sin el concurso de pueblos indígenas que sobre todo odiaban a los aztecas tal proeza no habría podido ser realizada; la invocación de ese argumento pone a Cortés un poco de lado, solo como observador que llega en el momento oportuno para resolver en su favor una situación preexistente. Hasta cierto punto, eso lo reivindica: habría venido a acabar con una intolerable opresión basada en sacrificios humanos, tributos insoportables, desigualdades que un espíritu esclarecido no podía tolerar (no hay que olvidar que había estudiado, aunque no demasiado, en Salamanca). Quienes eso sostienen no ponen mucho énfasis en lo que podemos llamar la “obnubilación” de los aliados de Cortés: le hicieron el trabajo pesado para liberarse pero no intuyeron que caerían bajo el yugo de una opresión tan feroz como la que padecían, pero mucho más incomprensible.

1. Martínez, José Luis (1990). *Hernán Cortés*. México, FCE-UNAM.

Se añade a este modo de verlo el coadyuvante de la evangelización; sus frutos (sacar de la idolatría a millones de almas, rescatar algo de lo que a los conquistadores no les importaba destruir ni fundir, recuperar gramáticas y tradiciones) se revierten en alguna medida sobre Cortés, que permitió que se obtuvieran; pero, al mismo tiempo, enumerar lo que hicieron los padrecitos hace olvidar el fondo sobre el que empezaron a corregir abusos y a realizar su obra divina. Este olvido engendra otro modo de ver a Cortés: el del realismo. Después de todo, se dice, con esos u otros métodos surgió México, la patria actual e irrenunciable puesto que no se puede volver al mundo precuahtémico, aunque sea terrible lo que se hizo con Cuauhtémoc. Este punto de vista, como se verá después, será finalmente el de Martínez.

Su libro pone en escena estas posibilidades y, como historiador, trata de no caer en ninguna tipificación; no quiere leyenda blanca pero tampoco negra, no busca exculpar al conquistador pese a que o porque intenta comprender al individuo y, sin minimizar el modo de la conquista, lo acepta como hecho y lo describe; evidentemente, es su “objeto” y no solo no podría ignorarlo, sino que decididamente no lo hace; en suma, se pone en un punto medio y sereno y de esa posición extrae frutos verdaderamente apreciables. Así, por ejemplo, hace minuciosas pesquisas documentales sobre puntos que cronistas e historiadores apenas insinúan o bien soslayan y, en consecuencia, no insensible a las enseñanzas de la historia social contemporánea, inglesa o latinoamericana, reconstruye momentos que nos faltaban tanto de la vida del personaje como de la aventura histórica en la que se lo debe entender: intrigas, pasiones, hábitos, destinos, a veces menores, pero igualmente ilustrativos de un momento fundamental de nuestra historia. Corrige mitologías o lugares comunes, releva figuras, reconstruye escenas que ya pertenecen a un imaginario apoyándose en documentos e investigaciones parciales que concurren así a un propósito de exhaustividad, nota distintiva, por otra parte, del libro.

Esta, me parece, es su idea central y rectora y su consecuencia es que, en efecto, se amplía nuestro saber acerca del momento y de las personas: la escena se completa, es como si a través de esta saturación estuviéramos ya, casi ya, en posesión de aquello que la historia busca, es decir, algo que se parece a la verdad si no es la verdad misma.

En un comienzo, cuando esa información va trazando la ruta de Cortés, el tono sereno, casi desapasionado y antidramático y, por cierto, enemigo del estruendo y del sentimentalismo, hace de habilísimo contraste para captar la índole de los hechos. Cortés aparece, así, como conductor e intérprete de un proceso, dotado de una energía equivalente a su intuición, psicológica y personalmente lacónico, en un trato lejano con los acontecimientos, pero, al mismo tiempo, la constancia del historiador que sigue todas las pistas hasta el final proporciona una idea cabal y perfilada de lo que sus actos *significaron*. El historiador sereno triunfa: hace que me apasione sin necesidad de lanzar exclamaciones, me permite comprender el alcance de esa tragedia sin emplear jamás esa palabra. Basta que me informe de que hizo un hijo en la hija de Moctezuma después de la muerte del emperador, con las manos, como suele decirse, tintas en sangre, para que yo perciba no solo quién era Cortés, sino sobre todo cómo se hizo la conquista, sobre qué bases surgió una nación. Claro que describe también, minuciosamente, cómo se hizo su conquista.

Pero, si lo que movía a Martínez era una voluntad de reconstituir un momento histórico tan controvertido acumulando todo lo que se sabe hasta ahora sobre él, estableciendo conexiones y articulando investigaciones, no entiendo del todo por qué eligió el camino de la biografía para hacerlo, un género no solo lleno de restricciones sino, sobre todo, tan ideologizado que seguirlo acota el propósito o la idea central. La ideología principal de este género, para decirlo de una vez, es la “ilusión del distanciamiento” que se opone a la idea de una “mostración”, más propia del historiador. Y no lo entiendo por qué si el “completar” –gesto necesario para llevar a cabo la

“mostración”– era, hasta que comienza la declinación de la estrella cortesiana, de una escena gigantesca, ese “completar” se desplaza después con la misma energía hacia una “vida” que, por otra parte, no se trataba tanto de interpretar, sino de “leer”, en el sentido en que Roland Barthes hablaba de la lectura de un país –o de un hombre– como si fuera un texto, con el fin de integrar lo que resulte en un nuevo texto histórico, más inquietante por más completo, complejo y verdadero.

En otros términos, y viendo las cosas desde los modelos de que se vale el historiador, si lograba efectos –y este es uno de los méritos del libro– que tienen que ver con una incorporada sensibilidad de historia social, poco a poco, a partir del momento en que los actos de Cortés dejan de ser heroicos para hacerse más y más administrativos, va dejándose ganar por una perspectiva histórica clásica, como si hiciera entrar en su método la historia plutarquiana –de lo cual es un buen ejemplo el cuadro que establece mediante un paralelo casi candoroso entre Cortés y Pizarro– o el énfasis con que veían a sus personajes los biógrafos o novelistas posteriores al positivismo. Pero no quiero decir con ello que debería haber dejado a Cortés de lado después del momento en que este ya no es más un conductor de la historia; los elementos de juicio que aporta son igualmente válidos y, en su ya más acotado campo, igualmente interesantes; permiten incluso pensar en un hombre cuya suerte inquietó a muchos y cuya situación en los libros de historia –que solo están tranquilos cuando pueden integrar un santoral– es tan incómoda en España como en México y aun en la historia universal. Lo que quiero decir es que ese desplazamiento de la escena al personaje tiene consecuencias en el enjuiciamiento al que fatalmente conduce. Lo cual, a su vez, se vincula más con un modo de considerar el presente que con una intención de tranquilizar a la opinión pública acerca de lo que ocurrió en el pasado.

Por supuesto, esto es un problema: es difícil, si no imposible, examinar la historia de la conquista de México sin Cortés, pero algo diferente –que no parecía mover a Martínez– es terciar en la polémica acerca de si hay que reivindicarlo o no, si hay que hacerle de una buena vez el monumento que otros, tan rudos como él, han obtenido. En suma, que la biografía, como género o como sistema de aproximación –que necesariamente opera desde un centro y en él–, en la medida en que no es puesta en cuestión y sustituida por algún otro esquema de escritura, es lo que conduce poco a poco a otra región, en un desplazamiento paradójico pues si lo que justifica el género biográfico es la idea del héroe, la biografía propiamente dicha aquí comienza realmente cuando el personaje ha dejado de ser héroe y ha entrado en un chapoteadero histórico que ni siquiera él mismo comprende demasiado bien; para decirlo en dos palabras, la personalidad de Cortés hasta el viaje a las Hibueras se dibujaba en escasos y lacónicos trazos, efectivamente subordinada a la grandiosa situación, luego es la suya una historia infinita, pero muy precisa y llena de detalles, de conflictos, pleitos y reclamaciones, fracasos que aparecen como pequeños frente a la significación de los hechos precedentes, hasta, incluso, humillantes y sórdidos, como si el propio Cortés hubiera perdido pie y no concluyera de arreglar sus pedidos y sus asuntos.

Por supuesto, y vale la pena hacer la aclaración, a través de esa información no solo sabemos algo sobre el mundo en el que el trámite se estanca y los enemigos que están en la sombra operan, o sea, dicho de otro modo, cómo el sujeto de la biografía “es hablado” por otras fuerzas, más poderosas que él y que él no logra discernir, sino también cuál es la moral y las aspiraciones de un hombre que, por haber intervenido en la historia como lo hizo, es perturbadoramente representativo. Justamente eso trae reminiscencias de historiografía utopista y saintsimoniana en cuanto a una idea de las relaciones entre hombre y mundo que dieron origen a la llamada biografía novelada.

Seguramente el propósito biográfico estaba desde el comienzo –el título del libro obviamente lo sugiere–, pero toma forma cabal cuando lo que el historiador desea

completar concierne más al personaje que al universo de significación social que había contribuido a forjar. Es, como lo decía antes, un deslizamiento sutil que produce otra clase de desplazamiento paulatino y sorprendente: empezamos a olvidar la caída de Tenochtitlan y la conquista para internarnos en la historia posterior, como si empezara a acicatearse la curiosidad por la persona; eso implica que el “hecho” pierda densidad y eso derive en algún tipo de reconciliación; pasan apenas uno o dos años y la minuciosa descripción de los avatares y desgracias de Cortés nos aleja de lo que podemos llamar el “complejo del día siguiente”, que, porque es un desafío a la imaginación, excita enormemente y es satisfecho solo en parte, solo cuando se hace alguna estampa sobre lo que empieza a ser la vida concreta después de la caída del imperio azteca.

Ahora bien, este cambio se produce cuando otros sujetos, que no figuraban en el libreto inicial, entran en escena y se consideran con derecho a participar del festín, sin contar con el simultáneo efecto de deslumbramiento y ceguera que la anexión del mundo mexicano produce en la corona española. Esos otros, como intuyendo que el poder de Cortés es limitado o ilegítimo o bien que su papel histórico se cumplió en el momento destructivo, lo enfrentan en la avidez y le recortan el espacio, lo hacen cambiar de tácticas y lo conducen a cometer errores de los que no logra reponerse. Y bien, en la exposición de esos enfrentamientos “parece” que se trata de valores y de legitimidades y es ahí donde el historiador es arrastrado, me parece, por la situación y comienza a absolver posiciones. Así, frente al siniestro Nuño de Guzmán o la no menos odiada Primera Audiencia, la figura de Cortés, cuyo poder es recortado, su prestigio lastimado, su persona combatida, mueve en cierto modo a la simpatía puesto que aquellos siniestros déspotas son peores que él y él, a su vez, es examinado, en el centramiento biográfico, como afectado en sus derechos, lo que de algún modo lo reivindica. Los enemigos, a su vez, que quieren arrancar a mordiscos la carne que Cortés puso en circulación, aparecen como depravados y voraces no tanto porque esa carne ha sido producto de un despojo, sino porque se la quieren arrebatar a Cortés; incluso sus herederos se disputan los bienes y todo se convierte en el relato de una mala suerte, es como si se dijera “tan alto llegó y ved ahora cómo ha sido despojado”.

Desde luego, ya en esta perspectiva, es comprensible que la enemistad de que fue objeto, luchar contra la cual en última instancia fue vano, le amarga la existencia; quizás sea ese el núcleo inicial del comienzo de sus errores, que se vinculan, asimismo, con una especie de pérdida de la diabólica intuición que le había permitido convertirse rápidamente en el más aventajado alumno de Maquiavelo; ahora, equivocado –su mujer, doña Juana de Zúñiga, como si fuera una esposa de sainete, le escribe, cuando anda perdiendo gente y barcos por el Mar del Sur, “que luego se volviese a México, a su estado y marquesado, y que mirase los hijos e hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la Fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona”–, se interna en desastrosas empresas y en infinitos pleitos y ya no describe mundos nuevos en sus escritos sino quejas, pide una justicia que molesta a la corte y los problemas del mantenimiento se convierten en obsesivos y principales, quiere vivir como un príncipe y ya no le alcanza, termina, en suma –guardando las proporciones– por ser un desclasado respecto de una clase en la que nunca había estado. Aunque esta observación sea cruel, no puede dejar de pensarse que si hubiera muerto antes, esa disminución no se habría producido.

Presentadas así las cosas, es como si le asistiera un poco de razón en un tribunal que se ha constituido después de una total ausencia de tribunales (los que debían haber juzgado la conquista misma) y como si todos nosotros, quienes ahora podemos juzgar, debiéramos emitir un dictamen para devolverle algo de lo que en tal tribunal se le había quitado.

Y si bien la condena *a priori*, por seguir cierta tradición, es una respuesta mecánica a hechos de naturaleza tan compleja, no es tan sencillo dejarse llevar por la lástima, como si Cortés no hubiera merecido la suerte mediocre en la que se internó. Lo cual, a su vez, es menos importante que el realismo político que ese paso presupone y que podría traducirse de este modo: todo lo sucedido es lamentable, ojalá se hubieran hecho las cosas de otro modo pero, desde el momento en que ocurrieron así, por qué no le vemos el lado bueno, reconozcamos la obra de los sacerdotes y la vigorosa –y contradictoria– personalidad de fray Juan de Zumárraga, admitamos que don Antonio de Mendoza, el primer virrey, era un hombre justo, que no quería ser cruel con los indígenas, atribuyamos, en última instancia, razón y claridad a los mandatos del emperador Carlos V, o sea, al poder supremo, a qué poner en cuestión su legitimidad aunque eso no impida criticar algunos excesos y errores.

Yo creo que el género biográfico lleva a estos desplazamientos que dejan cierto sabor de desencanto luego de una lectura ardua y apasionante; queríamos, y así entramos en materia, una recomposición de un proceso y, finalmente, luego de admirar la paciencia, la tenacidad y la capacidad de lectura del autor, se formula una suerte de prudente exhortación realista puesto que la figura, después de ser estudiada, no gana en fuerza trágica; se nos dice, en lenguaje persuasivo, que los mexicanos se obstinan en excluir de su historia a Cortés (más o menos, supone uno, como lo han hecho con el “traidor” Huerta o con santa Anna) y, en tal actitud, parecen más atados a convencionalismos retóricos que a una actitud franca respecto a lo negativo y lo positivo de su historia; ya es hora, se deduce, de que se ubiquen y ubiquen “objetivamente” a un personaje que, después de todo, no fue mejor ni peor que tantos otros que forman, sin embargo, un olimpo de dioses intocables.

Se convoca, sin duda, y de todos modos, a una madurez, sobre todo en lo que concierne al rigor en las afirmaciones históricas; solo el rigor, podemos concluir, constituye un modelo de investigación y para investigadores. Pero, en definitiva, la apelación cambia de signo y se exhorta a aceptar lo que es vano rechazar, como si la ética de la memoria tuviera que ceder el paso a la fuerza del olvido.

